

## La zona de trasteros

- Que sí, mamá, que estoy bien. - dijo Alicia intentando parecer tranquila.

- Nooo, no te preocupes, todo está olvidado. - añadió tratando de convencerse también a sí misma.

- Lo que pasa es que la casa está un poco fría, claaaro, ahora bajaré al trastero a por el edredón y el calentador.

- Bueno, yo también a ti, un besito, hasta mañana. - terminó colgando el teléfono.

Era el doce de junio de dos mil nueve, viernes, y Alicia acababa de regresar a su casa tras una larguísima temporada en la que había estado viviendo con sus padres.

Apenas si llevaba quince minutos allí, lo justo para abrir las maletas y ponerse el pijama.

Este piso se le quedaba algo grande ahora que no estaba Jorge. Por eso su padre le había regalado a Humo, un bonito gato gris de pelo semi-largo.

- Toooma tu comida, agonioso. - le dijo mientras se agachaba a llenarle el plato de pienso - Bueno, y ahora, mientras comes voy al trastero. ¡No seas malo!, que no tardo nada.

A Alicia no le gustaba nada salir de casa en pijama. Se sentía como vulnerable, más indefensa que con ropa de calle. Es cierto que sólo iba al trastero, pero sólo la posibilidad de encontrarse con algún

vecino le daba mucha vergüenza.

Aun así, no se cambió. La pereza, en ese momento, superaba al resto de sentimientos.

Cogió las llaves, puso el ojo en la mirilla, para ver si había alguien en el rellano, y tras asegurarse de que estaba todo tranquilo, salió rápidamente.

Mientras llegaba el ascensor no paró de mirar, nerviosa, las puertas de sus vecinos, y cuando al fin llegó al sótano corrió hasta la zona de los trasteros, que estaba cerrada con llave.

Tras entrar escuchó un momento en silencio. Tampoco parecía haber nadie; allí abajo el silencio era sepulcral, como de ultratumba.

Volvió a cerrar con llave para que le diera tiempo de esconderse en su trastero si llegaba alguien mientras aún estaba ahí.

Aquello era como un pequeño laberinto. Había muchos trasteros que distribuir, pues el edificio tenía muchos pisos, y muchas puertas por piso.

Empezaba con un largo pasillo del que iban saliendo otros a la derecha. En la pared izquierda estaban los cuartos de contadores, el de gas, el de agua y el de electricidad, el cuarto de basuras y el de limpieza.

Los pasillos eran todos distintos. Unos eran cortos y otros largos, unos se volvían a bifurcar y otros no, unos tenían muchos trasteros, otros pocos y otros ninguno. Por algunos caminos se volvía al inicio, otros acababan en un muro o en una puerta de trastero.

Había mucha humedad y hacía bastante frío, y como era tan grande, las luces eran independientes por zonas, por lo que tenía que ir encendiéndolas a medida que andaba.

Su trastero se encontraba a mitad de un pasillo, de unos diez

metros, que acababa con una pared y que tenía puertas a ambos lados. Para llegar a él había que tomar tres bifurcaciones desde la entrada.

En su pasillo, había un interruptor al principio y otro casi al final, a unos tres metros de su trastero, hacia el fondo.

Aunque en varias ocasiones había propuesto que se alargara el tiempo que permanecían encendidas las luces, lo más que había conseguido fueron cinco minutos, lo que generalmente era suficiente para abrir, coger o dejar algo, cerrar y llegar al interruptor otra vez.

Además estaban las luces de emergencia, que se encendían en cuanto se apagaban las otras. Aunque daban una luz verdosa mortecina que a Alicia no le gustaba nada.

Esta vez sabía que iba a tardar algo más de cinco minutos, pues el edredón estaba dentro de un estuche en lo alto de una estantería, y el calentador en otra.

Abrió la puerta de su trastero y encendió la luz. Se quedó un instante mirando todo, buscando lo que necesitaba. Luego abrió la escalera y subió a coger lo primero.

Estuvo unos minutos cambiando cosas de sitio para poder sacar el calentador, durante los cuales la luz de los pasillos se apagó.

Bajó, dejó el calentador en el suelo, cambió la escalera de posición y empezó a subir otra vez.

Entonces, por casualidad, miró a fuera. La luz exterior estaba encendida de nuevo. Se quedó muy quieta, escuchando si alguien se acercaba, pero no oyó el más mínimo ruido.

Regresó al suelo y se asomó. Miró a ambos lados del pasillo, pero no vio nada ni a nadie.

Algo desconcertada, volvió a subirse a las escaleras para sacar el edredón de su sitio.

Cuando bajó, la luz de fuera seguía encendida, por lo que sacó el calentador al pasillo, se metió con dificultad el edredón bajo el brazo izquierdo, apagó la luz del trastero, salió y lo cerró con llave.

En el mismo instante en que cogía el calentador con la mano derecha, se apagó la luz del pasillo, iluminándose la de emergencia.

Se agachó para soltar de nuevo el calentador mirando con fastidio al fondo del pasillo.

Y se le heló la sangre.

Escondido en la oscuridad del fondo parecía haber alguien mirándola.

Allí donde ya apenas llegaba la siniestra luz verdosa, apretada contra una esquina se intuía la silueta de una persona que, absolutamente inmóvil, no dejaba de mirarla a los ojos.

Aterrorizada, Alicia esforzó la vista.

Tenía el pelo largo, grisáceo y los ojos muy oscuros, muy profundos. El cuerpo estaba casi en total oscuridad, pero parecía desnudo. Era muy difícil adivinar el sexo.

Los brazos colgaban lacios y en la mano derecha parecía brillar algo.

Alicia empezó a andar hacia atrás, muy despacio, sin dejar de mirar al fondo. Apenas respiraba, temblaba tanto que el plástico que envolvía el edredón crujía bajo su brazo.

Cuando llegó al principio del pasillo pulsó rápidamente el interruptor de la luz.

La figura ya no estaba allí.

Alicia corrió por los pasillos hasta la salida, y cuando llegó a la puerta soltó de nuevo el calentador en el suelo para sacar la llave.

Justo cuando estaba introduciéndola en la cerradura se apagó la luz. ¡No era posible!, no podían haber pasado ni quince segundos desde que encendiera la de este pasillo.

Entonces empezó a notar una extraña sensación, un sutil cosquilleo, como cuando alguien te mira tan fijamente que sientes su vista sobre ti. Y se volvió a quedar paralizada.

La sensación fue creciendo en intensidad. Entonces, tras abrir la cerradura, con los ojos cerrados y moviéndose muy lentamente, Alicia se volvió a guardar la llave y se agachó para coger el calentador. Al abrir los ojos para ver donde estaba éste, miró sin querer hacia atrás por entre sus piernas.

Muy cerca, a unos dos palmos detrás de ella, había unos pies descalzos, muy pálidos y venosos. Estáticos.

A Alicia se le escapó un leve gemido de pavor que intentó acallar tapándose la boca con la mano.

Cogió el calentador, se irguió despacio, abrió la puerta con el codo y salió de la zona de trasteros.

Justo antes de cerrarse la puerta, no pudo evitar girarse.

Un hombre mayor, arrugado, estaba de pie, mirándola fijamente a los ojos, desnudo, con los brazos colgando lacios. Tan pálido que casi se transparentaba.

Permanecía inmóvil justo tras la puerta, en el mismo sitio donde ella estaba hacía sólo un momento. Sujetaba, con su mano derecha, un pequeño mosquetón morado de escalar.